

Nunca desprecies una buena crisis

Resumen

A partir del libro *Crisis*, del geógrafo J. Diamond, se hace una valoración de las crisis desde un enfoque territorial; esto es considerando al sujeto en transformación como un sistema territorial que, dotado de sus especificidades, cambia en ciertos momentos decisivos. Se estudian las distintas reacciones de los países en tales momentos; es decir, cómo logran controlar la crisis a la que el destino les enfrenta y cómo le tuercen el brazo. O son retorcidos por ella. La pretensión no es extraña al quehacer de la geografía, vieja disciplina enfrentada a descubrir las razones por las que un lugar es diferente a otro y cómo ha llegado a eso, de manera reposada o violenta. A partir de aquí se reflexiona sobre cómo y por qué cambian los países, cómo se desarrollan los territorios, y con qué lógica ayudarles a hacerlo, pues como espacio de los humanos necesitan para ello del proyecto territorial que tiene su propia lógica.

Palabras clave

Crisis, sistema territorial, geografía, desarrollo territorial, evaluador territorial.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Never let a good crisis go to waste

Abstract

From the book 'Crisis' by the geographer J. Diamond, an assessment of crises is made from a territorial perspective; that is, considering the subject in transformation as a territorial system, which endowed with its specificities changes at certain decisive moments. The different reactions of the countries at such times are studied; that is, how they manage to control the crisis that fate faces them and how they twist their arm. Or they are twisted by it. The claim is not strange to the work of geography, an old discipline faced with discovering why one place is different from another and how it has come to that, in a calm or violent way. From here we reflect on how and why countries change, how territories develop, and with what logic to help them do so, since as a space for humans they need the project

Keywords

Crisis, territorial system, geography, territorial development, territorial evaluator.

Nunca dejes que una buena crisis se desperdicie

El título del documento y el de este epígrafe pueden entenderse de la misma manera, aunque se hayan traducido de la misma frase con alguna diferencia. Significativa a los efectos que persigue el texto, que no son otros que analizar cómo reaccionan los territorios ante las crisis que los conmueven. La frase original, en inglés, se atribuye a W. S. Churchill, y la traducción que damos en el título del documento enfatiza la oportunidad de que a través de la acción pertinente, los participantes en el territorio puedan variar el fatal destino que la crisis les prepara; sin embargo, la traducción que encabeza el epígrafe deja un punto de lado el papel de los actores en el desenlace de la situación crítica, que como la pólvora se quema con mayor o menor escándalo y destrucción, determinada por la inercia que le da su naturaleza. En cualquier caso, sobre las dos frases ronda el sentido de decisión, de oportunidad, de momento estelar de un territorio, y de ello se deriva el papel que pueden jugar los agentes, pacientes o participantes en la crisis, para utilizar ese momento decisivo en un sentido positivo, pues de no intervenir desperdiciarán la oportunidad que ella abre para variar el destino del país, dejándola evolucionar conforme a sus internas y espontáneas regulaciones.

La frase la utiliza el geógrafo Jared Diamond¹ en su último libro *Crisis*. En él estudia cómo reaccionan los países en sus momentos decisivos; es decir, cómo logran controlar la crisis a la que el destino les enfrenta y cómo le tuercen el brazo. O son retorcidos por ella. La pretensión no es extraña al quehacer de la geografía, vieja disciplina enfrentada a descubrir por qué un lugar es diferente a otro y cómo ha llegado a eso. Lo que les interesa a los geógrafos como Diamond es conocer cómo y por qué cambian las regiones, cómo se desarrollan los territorios. Objetivo quizá utópico para una disciplina del conocimiento, pero justificable, en cuanto que acerca a él con una finalidad práctica: la de utilizar la razón como criterio para enfrentar los retos que se presentan ante la sociedad que se basa en ella e, interactuando con otras ciencias, facilitar la creación de un esquema valorativo de las acciones territoriales. Con ello no solo mejoraría la respuesta a los desafíos del tiempo actual mediante proyectos eficaces; esto es acciones no espontáneas, sino sujetas a una lógica que, por utilizada repetidamente, crea una nueva cultura del territorio, útil para el mundo de la vida, fundada en los supuestos de que «no hay cultura más que en relación con la

¹ DIAMOND, J. *Crisis. Cómo reaccionan los países en los momentos decisivos*. Traducción de María Serrano. Debate 2019.

naturaleza»², y que la acción social es una acción simbólica, pero también un sistema funcional. Por lo tanto, la geografía debe aunar el análisis ecológico, el funcional y el hermenéutico con una pretensión práctica: ayudar a resolver los problemas de «la gramática de las formas de vida»³: relaciones ecológicas, límites del crecimiento, autonomía regional, espacios y poblaciones amenazadas, formas de vida comunal y rural, gobernanza territorial, seguridad territorial y control del desarrollo o, lo que es lo mismo, del cambio, de las crisis.

Eso no se hace en abstracto, sobre un sujeto genérico, sino que los titulares de la evolución, del desarrollo, se concretan en regiones. Según esto no hay un desarrollo unilineal e inflexible de un sujeto, el género humano. Son las regiones, como forma territorial de las sociedades, los titulares de la evolución; que si bien puede ser reconstruida de acuerdo con una secuencia lógica, ello no quiere decir que sus procesos se desencadenen de acuerdo con una necesidad fatalista, sino que las condiciones marginales, contingentes, son fundamentales para explicar cómo cambia la sociedad y su vertebración espacial. Condiciones ecológicas, hechos históricos y aprendizaje social se almacenan en la tradición cultural y se imbrican para conducir el cambio territorial, el desarrollo, el campo práctico más específico del geógrafo: un evaluador territorial.

Cómo actúan los territorios en los momentos decisivos

Para intentar saberlo, Diamond compara los países con los humanos, pues ambos nacen, crecen y maduran. Y, en el proceso, aprenden, más o menos. Este enfoque ontogenético resulta eficaz para tratar el cambio en los sistemas territoriales que, a diferencia de los biológicos, no mueren, sino que se transforman y comienzan un nuevo ciclo. La evolución de las unidades territoriales puede explicarse a través de estos modelos ontogenéticos, los cuales representan la estrategia de investigación «más prometedora de que hoy disponemos», decía McCarthy⁴ en 1987; y desde entonces la frase no ha perdido actualidad. Para la geografía, tal enfoque conllevaría la fijación de una jerarquía de unidades estructuradas, tanto sobre el espacio: la escala, como sobre

² ORTEGA CANTERO, N. *Geografía y cultura*. Madrid: Alianza 1987, p. 187.

³ HABERMAS, J. *Teoría de la acción comunicativa*; vol. II, *Crítica de la razón funcionalista*. Madrid: Taurus 1987, p. 348.

⁴ MCCARTHY, Th. *La Teoría Crítica de Jürgen Habermas*. Madrid: Tecnos.

el tiempo: el proceso; en la que los estadios más recientes presuponen y están contruidos sobre los anteriores. Haciendo un paralelismo biológico podemos considerar que si las capacidades de un adulto son resultado de la síntesis de madurez y aprendizaje, a lo largo de una serie de etapas más o menos acotadas y sucesivamente más complejas, en las que la superior contiene huellas de las anteriores (lo que es compatible con la existencia de bloqueos, retrocesos y derivas), también las posibilidades de una región están incluidas en cada una de sus etapas, que aparecen como totalidades cualitativamente distintas a las demás, y que se suceden de manera invariante, de tal manera que no se alcanza una fase determinada sin antes haber pasado por las anteriores, cuyos elementos se conservan, se transforman y reintegran en los posteriores.

A veces, el cambio se da de manera explosiva, pues hoy un lugar puede ser bosque y pradería, donde el pasto y el agua sostienen una crecida y diversa población de todo género, y mañana un erial asolado por el fuego y la ira. En el primero, el lugar está cargado de valores, entendidos como los reguladores personales y colectivos que mejor garantizan la vida de sus habitantes, y lo estabilizan progresivamente como territorio. En el segundo no hay valores, pues la desorganización y la muerte no son garantía de estabilidad y vida, sino todo lo contrario. Si el lance es calmo, en el ahora podemos encontrar la idílica aldea perdida de Armando Palacio Valdés⁵ y, en el después, los pozos mineros que en ella se calan y los poblados que allí se instalan. En aquella, un mundo estaba al final de su vida y sobre estos nacía uno nuevo. Ambos son Laviana. El lugar es el mismo. El territorio, diferente, pues viene marcado por otros valores que caracterizan otro momento, que formalmente se configura como un paisaje, de ahí que este sea la apariencia formal de una totalidad de valores y prácticas que operan el territorio.

Que siempre está en desarrollo; aunque a veces el cambio se acelera. Cuando eso ocurre se crea un periodo de reestructuración, interfase larga y llevadera; o de crisis, corta y con drama. Los dos tienen consecuencias de largo alcance, por ello pueden considerarse periodos revolucionarios o disruptivos, que llevan los territorios a un nuevo ciclo, como conjunto de etapas enlazadas por una dominante identitaria, que caracteriza una «nueva normalidad» o situación. Las razones del cambio son

⁵ PALACIO VALDÉS, A. (2012). *La aldea perdida*. Ed. Nobel 1987.

complejas y anidan tanto en el interior del sistema como en el exterior. Además, y para acabar de complicarlo, también interviene el azar, como literariamente acredita el magnífico relato de Stefan Zweig,⁶ en el que cuenta cómo cayó Constantinopla después de un asedio de años. Fue la casualidad, que adoptó la forma de descubrimiento de una pequeña puerta oculta en los infranqueables muros de la ciudad, por una partida de soldados turcos que andaba buscando dónde tomar la espuela en una noche de murga. Y así, fortuitamente, desapareció un imperio de mil quinientos años. Y aparentemente nimios detalles siguen contando en la actualidad para explicar grandes cambios, como relatan quienes vivieron a pie de obra la caída del Muro de Berlín, donde la decisión del desamparado teniente coronel a cargo del puesto al que pertenecía el paso fronterizo de Bornholmer fue favorable a abrirlo, a las 21:20 h del 9 de noviembre de 1989, a las personas que allí empezaban a concentrarse atraídas por un presunto malentendido; primero expectantes y temerosas, y luego sorprendidas de poder cruzar la, hasta aquel momento, infranqueable puerta, que bien podría haber continuado siéndolo, y no se sabe por cuánto tiempo y sufrimientos, si el comandante del puesto, abandonado por sus superiores y presionado por sus subordinados, hubiera decidido otra cosa. Tal como bien pudiera haber hecho, pues no le faltaban proposiciones y amenazantes medios, fusiles de precisión y ametralladoras, para reprimir a los hasta entonces «infractores de fronteras». Y todo ello en un ambiente de puesto de guardia que algunos documentos⁷ describen, acertadamente como tragicómico, que precisamente recuerda al que Zweig recrea en el grupo de soldados jaraneros en la noche de la Kerkaporta. Los que en la del 9 de noviembre cruzaron el puente Bösebrücke perdieron la categoría de delincuentes y no la vida, y así la mayoría, es lógico, volvió a dormir a sus casas después de dar un paseo y tomar una cerveza en los, para ellos, excitantes bares de la Malmoër Strasee.

El guión con el que J. Diamond interpreta las crisis territoriales

Llamamos crisis al momento en que el ritmo de la recomposición se acelera tanto que genera calamidades. En las crisis hay un antes y un después para el territorio, que tiene que lidiar con el ciego destino. Y si acierta, resolverá con éxito la faena. Averiguar

⁶ ZWEIG, S. *Momentos estelares de la humanidad: catorce miniaturas históricas*. Traducción de B. Vías Mahou. El Acantilado 2012.

⁷ Sobre esta noche véase la película *Bornholmer Strasse*, de Christian Schwochow, RFA, 2014.

cómo lo han hecho es lo que movió a Diamond (al que Bill Gates propone para el Nobel después de haber alcanzado el Pulitzer) a analizar los factores que facilitan o impiden la resolución de una crisis. Elige la escala nacional-estatal y hace un paralelismo con la escala personal. Entresaca una docena de factores y los va pasando por un grupo de países que se han enfrentado a crisis existenciales y ve, en el modo de su resolución, elementos comunes, una vez expuestos al cribado con el cedazo de una docena de factores.

Uno es el hecho de que el país haya anticipado la crisis o solo reaccionado ante ella; en el primer caso, lucha por mantener su rumbo y avanzar contra el viento, y, en el segundo, el viento que rola le lleva, más o menos disgustado, a cualquier parte, pues no hay proyecto. Otro factor es el carácter selectivo de la acción del país, pues en la zozobra de la crisis ha montado un corral para meter en él las malas cosas, dejando fuera a las demás, ya que considera que es conveniente modificar solo las que no funcionaron durante la crisis y no aprovechar el momento de zozobra para cambiarlo todo, pues entonces lo probable es que el territorio no soporte el desequilibrio de tanta carga negativa, ante la descarga de los elementos de funcionamiento positivo, lo que hará que la crisis se avive. El tercer factor lo enuncia Diamond como la necesidad de asumir la responsabilidad nacional en la acción o inacción, pues la culpa no siempre es de otros; al contrario, aquí el otro no es necesariamente el demonio, sino un factor de ayuda del que el país puede aprender y recibir apoyos; las alianzas dan fuerza y generan confianza, pero la cooperación con los amigos tiene reglas de reciprocidad que conviene respetar. Diamond valora la fortaleza de la sociedad nacional como otro factor de resistencia ante la crisis, que depende de la suma de capacidades personales: para tolerar las experiencias dolorosas, para mantenerse erguidos durante ellas, y para interpretar la realidad adecuadamente, utilizando la sensatez para decidir y la claridad para expresarse. Esto se entrena con el factor educación, que es algo más que instrucción, pues ayuda a construir la identidad nacional, esa cualidad que hace únicos a los países y cuyo juego es similar al de las siete y media, ni conviene pasarse ni quedarse corto. La autoevaluación honesta es factor significativo; Diamond la refiere al análisis de las firmezas y debilidades propias con una utilidad práctica: ampliar unas y disminuir otras; y, para eso, es necesaria la libre información y el cuestionamiento público de la misma. La experiencia de crisis anteriores cuenta, pues la vivencia trágica se decanta con el tiempo en forma de saberes esenciales, que permanecen en la caja

negra de la comunidad como avisos o señales, que han de ser interpretados con sensibilidad de hermeneuta y no con trapacería de demagogo. Hay factores que son virtudes operativas para capear la crisis, una de ellas es la paciencia, cualidad que se entrena, muy útil para tolerar las incertidumbres, pues en las crisis no hay que esperar resultados a la primera; otra es la flexibilidad, que favorece el bien hacer ante la crisis, pues no conviene sostener que hay una única forma de resolverla, aunque tampoco que se solucionará solo con reuniones; sin embargo, es importante saber qué valores nacionales son innegociables, y hasta dónde llegan los grises. Por último, hay que desear que la geopolítica sea benigna para el país, que le de libertad de acción y que no lo determine.

Las especificidades de los sistemas territoriales

Queda la cuestión del liderazgo, que en los sistemas territoriales es importante, pues a diferencia de los cibernéticos en aquellos no existe el estado-meta; es decir, los valores de control que determinan el estado de equilibrio no están dados, no existen en los sistemas territoriales. A lo sumo se podrían encontrar si un sujeto individual o colectivo coloca dichas metas o si, a través de una discusión general y abierta, la colectividad lo hace, tras alcanzar la suficiente información sobre las condiciones de cambio del sistema, especialmente sobre las consecuencias que cabe derivar de sus acciones. Aún así, esta forma de entender el funcionalismo estructural suministraría «un conocimiento de segundo orden»⁸, supeditado a la discusión política o, idealmente, al consenso racional. Y este es el campo del líder que, consciente del marco funcionalista y dotado de un especial olfato hermenéutico, es capaz de captar lo simbólico y orientar la voluntad de acción de los participantes. Su carisma no es solo una cualidad estática recibida, sino un don recibido, en forma de gotas de líquido entusiasmo con las que los dioses vienen agraciando a los hombres a los que bien quieren. Adquieren así la capacidad para enfrentarse a *Moira*, el destino, con alguna posibilidad de ganarle; y al luchar y vencer adquieren la categoría de héroes. El carisma también es el producto dinámico de la integración de conocimiento funcional, habilidad hermenéutica y capacidad retórica, para convencer y persuadir, logrando así

⁸ HABERMAS, J. *Teoría de la acción comunicativa, vol. I, Racionalidad de la acción y racionalidad social*. Madrid: Taurus 1987, p. 258.

alinear voluntades para la ejecución del proyecto pertinente. Esto es, saber y obrar son la misma cosa para el líder que, apurado por la situación, se consolida como tal si acierta. Así que no le basta con interpretar bien, tiene que ser funcional, o lo que es lo mismo, obrar bien; lo que consigue resolviendo con acierto la crisis planteada, orientando el cambio en la dirección correcta, torciendo el brazo al destino, evitando el desastre en el momento decisivo, o mitigándolo...

Pero siguiendo con el paralelismo sistémico, es difícil determinar cuál es la capacidad de supervivencia de un territorio que, si en el ámbito natural se mide por las posibilidades que tiene una población para estabilizarse en el medio, en el plano sociocultural la cuestión de la identidad de una sociedad depende de sus valores y estos cambian a través de procesos de aprendizaje. Por ello, es difícil certificar la muerte de un territorio, ya que la supervivencia física de cierta cantidad de miembros es una condición necesaria, pero no suficiente para el mantenimiento de la identidad de una sociedad.

También resulta complicado conocer cuál es el equivalente de la escala de la evolución territorial que, si en el modelo biológico se señala por el aumento de la complejidad, eso no es suficiente para establecer niveles de desarrollo territorial. Los criterios direccionales del progreso de los neo-evolucionistas (incremento de la complejidad del sistema, especificidad funcional, integración) parecen aquí escasamente pertinentes. El progreso se resuelve, por el contrario, en un proceso dialéctico, pues «con la adquisición de capacidades para resolver problemas, se alcanza conciencia de la existencia de problemas nuevos»⁹, de lo que se derivan importantes conclusiones para la práctica del evaluador territorial, como que todos los territorios están en vías de desarrollo, o que no hay ninguno condenado de antemano, solo pruebas, personas y grupos; o lo que es lo mismo crisis y proyectos.

Un estadio más elevado de desarrollo de las fuerzas productivas y de integración social libera de los problemas inherentes a la vieja formación social en el uso del espacio; sin embargo, algunos de los problemas nuevos pueden aumentar en intensidad si se los compara con los antiguos, lo que pone en duda el modelo de progreso indefinido.

⁹ HABERMAS, J. *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Taurus 1981.

Tradicionalmente los mecanismos de la evolución social se han entendido en un sentido técnico o estructuralista. Ambas explicaciones no aclaran en qué consiste el mecanismo del desarrollo, con el que se puede explicar el cambio territorial, y entrar, incluso a través del conflicto, de la reestructuración o de la crisis, en otro nivel de desarrollo, ya que, si bien a través del aprendizaje se puede conocer el crecimiento tecnológico y, por tanto, el mecanismo de desajuste entre fuerzas productivas y relaciones de producción; en cambio, no explica cómo se pueden resolver los problemas planteados. Ello requiere un nuevo conocimiento práctico-moral que no afecta a la capacidad de control de la naturaleza exterior, sino a las estructuras de comunicación; es decir, a la naturaleza interior de los participantes, pues «el proceso evolutivo de aprendizaje de las sociedades es dependiente de las competencias de los individuos que a ellas pertenecen. Estos, por lo demás, no alcanzan sus competencias en calidad de mónadas aisladas, sino en la medida en que se educan dentro de las estructuras simbólicas de su mundo vital»¹⁰. Por lo tanto, se trata de un proceso de mutua interdependencia entre el individuo y el territorio; se trata de un modelo de externalidades, de recreación de una atmósfera en una unidad espacial. Esta es propia de cada región en un momento histórico, por lo que sus condiciones marginales ponen a prueba, una y otra vez, la validez de las teorías generales, y esto es lo que el líder debe ayudar a resolver en la difícil ecuación «mundo de la vida» y «sistema», en la que se concreta de la vida de los hombres, y que se expresa en situaciones localizadas en un contexto espacio-temporal o campo de acción de los participantes, que se halla estructurado simbólicamente (culturalmente) y que se torna paulatinamente difuso a medida que aumenta la distancia a sus ejes de acción.

¹⁰ Ibíd. 1981, p. 156.

El territorio, un espacio de valores

Para ayudarnos a comprender utilizamos conceptos operativos. Uno de ellos es el de territorio, que aquí entendemos como *civitas*, espacio de valores fuertes que ayudan a vivir a los participantes en el territorio, ya que este les proporciona seguridad, libertad y autonomía, y cada uno de ellos con su acción los refuerza, o no. Así entendido, la cantidad de territorio que cabe en un espacio dado es variable, pues puede aumentar o disminuir; depende, en parte, de la acción de los participantes en la escala de que se trate, cuyo manejo colectivo adopta la expresión de política pública. Así hablamos de interacción en el territorio, que se expresa como haces de relaciones entre sus participantes. Dependiendo del modo en el que se organicen estas, se crea el triángulo mágico territorial, figura metafórica representada por tres vértices o nodos, donde se agrupan los participantes territoriales: el de la socialización, el de la producción y el del conocimiento, que interactúan siguiendo roles institucionales o intereses, enlazados por sus relaciones que, como los cables, entrelazan varios hilos para constituir los flancos del sistema territorial o lados del triángulo. Su estado de integración interno y sus enlaces con el exterior facilitan el desarrollo del sistema territorial, esto es la capacidad de orientar o soportar el cambio, aunque sea en forma de crisis. Internamente, la capacidad de organización y de aprendizaje son elementos básicos del desarrollo territorial. Interesan los modos en que se producen las relaciones entre los nodos del sistema, en términos de fluidez, frecuencia, capacidad de captar la innovación externa, actitud y aptitud para almacenarla y asimilarla de manera positiva, renovando el trenzado del cable exterior y fortaleciendo así la resistencia de la estructura territorial, lo que se puede traducir por aumentar su capacidad resiliente.

Asunto cuya necesidad va penetrando en la conciencia social como necesidad sistémica, ante la evidencia de los desafíos globales actuales, que golpean físicamente, como la actual pandemia, o el cambio climático y sus efectos en las grandes concentraciones litorales de la población o, de manera menos explosiva pero no menos virulenta, se hacen patentes otras necesidades, como la de recuperar la economía mundial, armonizándola con las condiciones ecológicas, y encontrar el camino del futuro tecnológico y productivo que, a la vez que mitigue el impacto sobre el planeta, permita mantener una posición de respeto en la competencia geopolítica.

En función de las circunstancias históricas y regionales, el territorio afronta los problemas de su tiempo y sus participantes buscan soluciones. Cada uno sigue su camino. No existe una única aproximación al concepto de territorio-modelo, región o ciudad-modelo, aunque, hoy como ayer, se siguen buscando y ejecutando proyectos ejemplares, como siempre, con diferente suerte, ya sea concretando urbanísticamente las «repúblicas de españoles» en las ciudades de nueva fundación en Méjico a partir del siglo XVI, que siguen funcionando desde entonces, o las que allí ahora se planifican con muy diferente resultado o al otro lado del Pacífico, en China¹¹. Pero la trascendencia del envite y la magnitud de los desafíos generales hace conveniente la necesidad de explorar la lógica del proyecto territorial que deberá integrar acciones multicriterio, procedentes de diversas disciplinas, y una deontología del proyectista.

En este camino de comprender qué hace sostenible a un territorio, cómo se transforma y cómo alcanza su grado de resiliencia bajo contextos de adaptación o mitigación, la geografía, como ciencia matriz de la ordenación del territorio, lleva tiempo comprometida, facilitando herramientas, métodos para mejorar los procesos de interacción medioambiental, de auto-organización local y de aprendizaje, para buscar pautas de gestión excelente de los proyectos territoriales y tratar la innovación como cooperación para la reforma de las pautas de organización del sistema. El evaluador territorial aparece así no solo como un científico o técnico, sino como un contrabandista del conocimiento que, trabajando en los lados del triángulo mágico territorial, es capaz de transportar conocimiento relevante para los actores institucionalmente agrupados, facilitando así el incremento del capital social en ese territorio como medio de facilitar el control endógeno de su cambio, lo que aleja a estos facultativos del concepto de vanguardia, para pasar a estar al lado y, si acaso, un paso por detrás de los verdaderos protagonistas del cambio territorial¹².

¹¹ En 2012 el estudio español IDOM elaboró el plan maestro para la nueva *Ciudad Modelo Audi* en Puebla (Méjico) con ocasión de la implantación de una factoría Audi. Hoy la nueva urbe luce abandonada. Retrieved from <https://obras.expansion.mx/infraestructura/2019/08/26/ciudad-modelo-el-plan-urbano-en-puebla-que-se-difumina>. Skidmore, Owings & Merrill fue seleccionada junto con Tom Leader Studio para diseñar el núcleo urbano de la nueva área de Xiong'an, la ciudad que el presidente Xi Jinping anunció (1/4/2017) como modelo del futuro de China. Retrieved from [https:// China Briefing Nueva Área De Xiong'an: La Ciudad De Los Sueños Del Presidente Xi \(1/4/2019\)](https://China Briefing Nueva Área De Xiong'an: La Ciudad De Los Sueños Del Presidente Xi (1/4/2019)).

¹² Lema del CeCodet de la Universidad de Oviedo.

El territorio es una construcción social, que parte y se asienta sobre el lugar físico, pero al manejarlo le da atributos, se va configurando en un proceso, en el que son conceptos vecinos los de Estado y de nación que, como él, también son construcciones sociales, y como tales complejas. Ambas casi siempre asentadas sobre un espacio físico al que convierten en territorio, al darle valores o identidad, los cuales para el sujeto físico territorial se concretan en el aspecto físico de la nación: el paisaje. Los términos se usan a lo largo del tiempo y por tanto cargan muchas adherencias, la palabra estado es antigua y no significa lo mismo ahora que antes. Kant¹³ la identifica en la modernidad al decir que «el Estado no es un patrimonio... es una sociedad de hombres sobre la que nadie más que ella misma tiene que mandar y disponer», que no se asienta en el vacío, sino sobre un espacio delimitado que regula formal o informalmente. Hoy que la potencia de la regulación humana sobre la naturaleza es el verdadero desafío geopolítico, adquieren la mayor importancia las acciones de esa comunidad de hombres sobre el medio en que ejerce su soberanía, que por la misma idea de unidad e interacción de los procesos físicos de la Tierra nunca será completa a estos efectos. La conciencia de la capacidad de alteración de los mecanismos naturales y sus consecuencias en forma de crisis sistémica introduce en esta nueva etapa la perspectiva territorial, pues en la fase actual el Estado como espacio de lo público debe afinar su acción sobre el territorio, considerado como espacio de valores, como un totalizador que incluye diferentes dimensiones: sociales, económicas, políticas, ambientales, cada una con su lógica, interpretada por sus propios agentes, dando la sorprendente interacción imprevisibles resultados, con desigual incidencia en las diferentes escalas y fases del proceso. El territorio expresado como paisaje, perfila la identidad tangible de la nación, como comunidad simbólica, que se da un Estado, sin que sean compartimentos estancos sino una necesidad de enfrentar los desafíos del tiempo sobre el territorio, entendido como sistema.

¹³ KANT, Immanuel. *La paz perpetua*. Madrid: Alianza Ed., 2016, pp. 53-74.

El proyecto y el liderazgo para orientar y conducir la crisis territorial

Para eso el evaluador territorial necesita conocer y practicar un *corpus* específico de conocimiento enfocado a la lógica formal del proyecto, una mezcla interdisciplinar buscada desde la antigüedad para intervenir públicamente sobre el lugar, diferente de la lógica administrativa y de la política, que si para Humboldt era difícil de conseguir, no por ello el propósito debía ser abandonado pues orientaba la mejor acción. Tal *corpus* viene determinado por la naturaleza de su sujeto de investigación-acción, el territorio, y contendría, por tanto, conocimientos funcionales, cualidades hermenéuticas y aptitudes ligadas a la acción práctica en forma de proyecto. Que por ser territorial es de participación colectiva, pero que en su fase de ejecución, precisamente, el líder adquiere su estatus. Diamond observa su papel que, para bien o para mal, se torna más significativo cuanto menos constricciones se plantean a su poder (lo que en las democracias ocurre en las crisis), y cuando enfrentado a otros agentes, que defienden opciones diferentes a las suyas, logra imponerse sacando adelante su proyecto que, para ser ejecutado, necesita una lógica que el líder conoce y practica eficazmente, sin alejarse de la realidad, sin enajenarse, mediante la «racionalidad en la decisión y desapasionamiento en la ejecución. Una racionalidad que debe ceñirse a los objetivos propuestos y desarrollarse con (mayor o menor) ejemplaridad pero siempre con autodominio», algo parecido a la mentalidad profesional que Federico Aznar¹⁴ ve en el samurái que practica el *bushido*, pues en otro caso su papel decaería y con él la sociedad que lidera, como ocurrió durante la crisis que asoló Japón en la Segunda Guerra Mundial, que según Diamond fue provocada por jóvenes dirigentes completamente enajenados de la realidad que, carentes de conocimientos y experiencia, no realizaron una autoevaluación honesta de la situación y condujeron a su país al desastre.

¹⁴ AZNAR, F. «El 'Bushido' y los valores militares». *Claves*. 2020, mayo-junio, 74.

Pero la superación de una crisis no da infalibilidad al líder, es un momento necesario que debe ser cualificado en una práctica ilustrada, por lo que conviene distinguir entre organización de la acción en el momento decisivo y proceso de ilustración, para lo que de nuevo nos guía Habermas¹⁵ cuando dice que «las decisiones para la lucha política no pueden justificarse teóricamente de antemano y luego imponerse organizativamente; sino en la acción práctica, a través del consenso de los que participen en ella, quienes conscientes de sus intereses comunes y conociendo las circunstancias, las consecuencias que cabe prever, pueden saber qué riesgos están dispuestos a aceptar y con qué expectativas [pues] no hay, ni puede haber, teoría alguna que asegure de antemano a las víctimas potenciales una misión histórico-mundial». Por ello es conveniente separar taxativamente las tres funciones que median entre teoría y praxis, y que en Europa han sido atribuidas tradicionalmente a la organización partidista. Según esto, la formación de teorías solo puede realizarse si los que trabajan en ello tienen libertad para realizar sus discursos; la organización de procesos ilustrados, en los que pueden utilizarse tales teorías, solo puede asegurarse si se garantiza la seguridad en el campo de juego; y, finalmente, la lucha política se legitima si no está enajenada al interés de los participantes. Según esto, las tres tareas no podrán ser llevadas a cabo por una misma organización. En el caso de ser así y tener éxito en su tarea, gracias al concurso de una historia despiadada, tanto la sociedad como la organización acabarán pagando el precio necesario por ello.

Aplicando esto a la lógica de proyecto territorial, entendemos que es labor del evaluador territorial, en aplicación de su función propedeuta, expandir la cultura territorial entre la población, y como investigador o explorador encontrar nuevos caminos, completando su perfil facultativo la capacidad de vertebrar proyectos técnicamente pertinentes, conocimientos que puede compartir el líder, si bien su papel lo debe ejecutar en el frente del poder, lo que varía significativamente las proporciones de la mezcla disciplinar.

¹⁵ HABERMAS, J. *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*. Madrid: Tecnos 1987, p. 13.

El territorio da la escala, la local, donde se presentan los problemas de la gramática de la vida. En él, el evaluador territorial se resuelve como propedeuta, que inicia en los rudimentos de la cultura territorial y como contrabandista del conocimiento más que como tecnócrata poseedor de un saber superior que, por ello, etiqueta de antemano las cuestiones prácticas como cuestiones técnicas y las reserva a los expertos. Movimiento que Habermas interpreta como la «contra-ilustración» y que se puede presentar de formas variadas.

La pandemia de la COVID-19 como calamidad dura y repentina es evidente que entra en la categoría de la «buena crisis» que Churchill aconsejaba no desaprovechar o despreciar, pues esta puede dar la ocasión para la renovación institucional y económica de Europa. O para que la «nueva normalidad» sea una avanzada de la contra-ilustración, que Habermas teme, impulsada por el aumento de la realidad virtual. Aspecto que por su trascendencia justificaría la licencia de especular con sus consecuencias, pues si la red global reforzase el autoconfinamiento en el sarcófago propio y proporcionase una falsa sensación de ilustración y libertad, quizás conllevaría una pérdida de virtudes cívicas. Pues por la primera, uno cree tener conocimiento de todo, y por la segunda la libertad de elegir. Son certezas muy relativas, pero que pueden acabar por determinar la elección de solo lo que gusta y borrar lo que incomoda. Y todo con un sencillo gesto. Con él uno queda solo con sus sombras. Enajenado, no hay campo para la interacción imprevista y, por tanto, no se necesita la paciencia, virtud cívica que se entrena en la interacción social real, la que refuerza los cables que fortalecen el triángulo territorial, la que hace ver al otro en las múltiples dimensiones de la vida en comunidad, en los diferentes roles en que cada individuo juega: como un rival político, pero también como un amigo; como una ayuda, como un recurso frente a la adversidad, que no solo proviene del Estado. Frente al riesgo del radicalismo político, incremento del capital social. Como pretensión ilustrada, y fundamento de la sociedad del bienestar en Europa, basada en la cooperación positiva de los ciudadanos, enfrentados a la realidad de un mundo al que deben mirar a la cara y no detrás de una pantalla.

La cumbre europea que acordó lanzar el *Plan de Recuperación de la UE* a mediados de julio, ha dado un tratamiento y una solución multimillonaria, a una crisis sanitaria y a un reto geopolítico, el de enfrentarse al mundo en competencia después del impacto de la pandemia. Sus líderes parecen haber comprendido que la Unión se une y avanza hacia el nuevo horizonte, o desaparece y se disgrega. Y sus pedazos los recogerá alguno de los que continúen en la carrera. La cumbre tiene varios significados: uno apunta hacia la unión más estrecha de los Estados (fiscal, de programación, de garantía mutualista y de corresponsabilidad), otro hacia un esfuerzo conjunto enorme (financiero y de confianza), y otro a imaginar cómo será el mundo porvenir y orientar su concreción en Europa con ese esfuerzo. Hace unos años, en 2000, hubo otra cumbre, la de Lisboa. Sus objetivos estratégicos venían a ser los mismos, pero la inquietud no se sentía tan claramente como ahora y fracasó.

Esta crisis es una oportunidad para pasar a un nuevo escalón en la carrera global y por eso conviene conocer la forma con la que los países la manejan, por lo que es oportuno pasarlos por el cedazo que Diamond propone. Así quizá adivinemos los rasgos de sus diferentes talentos. Puede que entonces concluyamos que los que han vivido otras y las registran honestamente saben que ningún viento es bueno si no se sabe a dónde se va; y que para ir al destino conviene proyectar el viaje, preparándose para lo peor y esperando lo mejor, y que una vez alistado todo, no está de más persignarse o raspar un cabo, pues si, por si acaso, interviene el azar, una mano de suerte nunca vendrá mal. Que no todo está en los libros.

*Fermín Rodríguez Gutiérrez**

Catedrático de Geografía y Ordenación del Territorio
Universidad de Oviedo